

divino Maestro¹, el que es mayor entre los hombres harás como el menor, y el que preside como quien sirve; ni afectará imperiosidad insultante sobre sus hermanos, sabiendo que todos necesitamos de todos². Confundidas todas las clases sociales en el recinto del templo, ya para la común adoración del Dios sacramentado, ya para la comunión de su sagrado cuerpo, desaparecerán siquiera momentáneamente las desigualdades que tanto hieren el mal aconsejado amor propio de las clases inferiores; y, olvidándose los unos de que son amos, y los otros de que son sirvientes, no se acordarán sino de que son hijos de un mismo padre, siervos todos de un mismo señor, miembros de un solo cuerpo cuya cabeza es Cristo, el Hombre-Dios. La diversidad de clases, lo mismo que la variedad de dones, distribuidos por Dios según le place, no tiene por objeto, enseña San Pablo á los efesios, el bien privado de cada miembro social sino la *edificación de todo el cuerpo: in ædificationem corporis Christi*³. Hanse dado, pues, mayores bienes á los unos á fin de que sirvan con ellos á los desheredados, á fin de que los socorran y acudan con amor fraterno, *obrando con verdadera caridad*, dice el Apóstol⁴, y de este modo *crezcamos todos proporcionalmente debajo de Cristo, nuestra cabeza*, hasta llegar á la plenitud de la vida, la cual no se consumará sobre la tierra, sino en la bienaventurada eternidad.

11. He aquí, para concluir, vinculada al augusto Sacramento de la Eucaristía la solución del pavoroso problema de la desigualdad entre los hombres; he aquí la clave para hallar la apetecida armonía. De la Eucaristía

¹ Luc. 22, 26.

² 1 Cor. 12, 21.

³ Eph. 4, 12.

⁴ Ibid. v. 15.

subamos, hermanos carísimos, al cielo, á aquella venturosa ciudad de Dios, donde todos seremos grandes, ricos, y felices, no subsistiendo allí más desigualdades que las producidas por la diversidad de nuestros merecimientos. Seamos santos en la tierra, y seremos grandes en el reino de los cielos. Así sea.

SERMÓN VIGÉSIMO TERCIO

(predicado en la parroquia de Las Aguas, Bogotá, 1898).

La Eucaristía y la fraternidad.

In pietate autem (ministrate) amorem fraternitatis.

Ejercitad en la piedad el espíritu de fraternidad.

² Petr. 1, 7.

1. ¡Dulce es, hermanos míos, el sentimiento que liga los corazones de los hombres con ese estrecho vínculo, puro y desinteresado, que se llama la amistad!¹ ¡Pero más dulce es todavía aquel afecto santo grabado por Dios mismo en el corazón humano, que, cual cadena de oro, enlaza los miembros de un mismo hogar, los renuevos de un mismo tronco, los que se cobijan bajo una misma sombra: el afecto de la *fraternidad!* ¡Oh, y qué bueno y qué agradable es, dice el Salmista, *habitar unidos los hermanos!*² ¿No es por ventura el amor fraterno uno de los principales elementos de felicidad en el seno de la humana familia? ¿Quién no lo siente así? ¿quién no lo proclama en alta voz? ¡Cuánto más bello, pues, cuánto más dulce no será, amados oyentes, este mismo sentimiento, no ya circunscrito al estrecho

¹ Eccli. 25, 12.

² Ps. 132, 1.

círculo de los que nacieron dentro de los mismos muros, sino ensanchado, dilatado á todos los que, descendiendo de un mismo origen, del primer tronco formado por las manos del Creador, componen la gran familia humana! No hay duda que, si la fraternidad llegase á reinar sobre la tierra, ésta sería desde luego un trasunto del paraíso terrenal, donde los hombres todos se sentirían felices. Ahora bien, hermanos carísimos: ¿por qué no ha reinado efectivamente en el mundo la fraternidad? Todos la desean vivamente, todos la proclaman como ley de las relaciones mutuas entre los hombres y entre las sociedades; y de un siglo acá muy especialmente, desde la demoledora Revolución del siglo XVIII, la fraternidad, al lado de la igualdad y de la libertad, viene pregonándose como dogma de la escuela humanitaria, como conquista de las nuevas ideas, como base del soñado progreso del porvenir¹. ¿No será, pues, hacedero establecer su imperio sobre la tierra?

2. Sí, cristianos; mas no por las sendas tenebrosas trazadas por los corifeos del moderno progreso revolucionario, sino por el camino recto y bien iluminado que para la felicidad nos ha descubierto nuestro adorable Redentor Jesucristo. Él, diez y ocho siglos antes que los filántropos modernos, había enseñado al mundo esta doctrina regeneradora, la había establecido sobre las sólidas bases de la verdadera religión, y la dejó en herencia á los hijos de su Iglesia, los cuales, con la gracia de la fe y los Sacramentos, la han practicado y la practican maravillosamente. Sí, carísimos hermanos, la fraternidad es un hecho brillante en el mundo cristiano, y lo será más y más á proporción que florezcan

¹ «Libertad, igualdad, fraternidad» (lema de la Revolución francesa).

las doctrinas é instituciones del Salvador. Oíd al Apóstol San Pedro, enseñando á los primeros fieles la práctica de la fraternidad basada en la piedad y la fe. *Ejercitad*, les dice, *en la fe la piedad, y en la piedad el espíritu de fraternidad*¹. ¡Admirable orden de ideas, fe, piedad, fraternidad! La fe nos revela el misterio de nuestra filiación divina, aunque adoptiva, habiendo sido hechos por Jesucristo *partícipes de la naturaleza divina*²; la piedad nos hace tributar á Dios Padre el culto filial; y la fraternidad nos liga, en consecuencia, con vínculos de hermanos. Todo esto es lógico y reposa en la enseñanza de Cristo, Hijo de Dios encarnado para nuestra salvación. Aquí tenéis, amados fieles, la verdadera idea de la fraternidad universal por Cristo: la sagrada Eucaristía la completa y perfecciona. Tal es la importante verdad que me propongo desarrollar en esta tarde. ¡Logre yo, por la poderosa intercesión de María, madre de todos los hombres, dejar en vuestras almas hondamente impresa la convicción de que el sentimiento de la fraternidad, lejos de ser conquista de la Revolución anticristiana, es fruto natural del evangelio y de la participación eucarística! *Ave María*.

I.

3. ¡Ay del mundo por razón de los escándalos! exclamaba nuestro divino Salvador³. ¡Ay del mismo, pudiéramos exclamar nosotros, si, por efecto de funestas doctrinas, llegase á oscurecerse en la conciencia del género humano la idea cristiana, y á extinguirse en el corazón su virtud! Extinguida la práctica de la fraternidad, el mundo volvería á ser, como en los tiempos de an-

¹ Ubi supra.

² 2 Petr. 1, 4.

³ Matth. 18, 7.

taño, un campo de batalla donde los hombres se despedazarían unos á otros como fieras. Resucitaría el axioma nefando: *Homo homini lupus*, y la condición de la vida humana sería intolerable. ¡Á ese abismo quieren empujarnos las falaces doctrinas revolucionarias! ¡Á ése llevan el humanitarismo y la fraternidad mentida! ¿Se necesita más que la experiencia de ayer para probarlo? ¿Acaso no se vió el mundo ensangrentado, cuando la proclamación á voz en cuello de la fraternidad sectaria por la Revolución francesa? ¿acaso no se renovaron cien veces y mil las escenas de Caín y Abel en el nuevo paraíso de soñadas delicias? Cuando las pasiones se desencadenan, roto por la impiedad el único freno del temor de Dios, ¿qué valen las bellas palabras de fraternidad, humanidad, amor universal? Ni basta para ligar á los hombres con lazos prácticos de amor fraterno la creencia bien asentada de la unidad de origen y el reconocimiento de la igualdad de naturaleza, puesto que en la cuna misma del género humano y á la vista de Adán y Eva, el desnaturalizado Caín se lanzó como lobo carnicero sobre el inocente Abel. Algo más se necesita que la simple convicción filosófica para practicar la fraternidad, para que los hombres vivan y se traten como verdaderos hermanos. ¿Sabéis qué más se necesita? La luz de la fe y la gracia que emana del Salvador.

4. Es un hecho que nadie se atreverá á discutir, carísimos hermanos, que antes de aparecer el evangelio no se practicaba entre los hombres, ni aun se conocía, el sentimiento de la fraternidad, por más que se creyeran todos descendientes de un mismo tronco, es decir, á pesar de la reconocida unidad de la especie humana. Ni pretendo por esto afirmar que esta misma verdad no se haya oscurecido en el mundo hasta el grado de ne-

garla entonces, como hoy, algunos pretendidos filósofos y sabios. ¿No han osado muchos sostener, en nombre de la ciencia, que la diversidad de razas acusa diversidad de origen, y que no puede explicarse que la raza negra, verbigracia, provenga del mismo tronco que la blanca? ¿no se pretendió aquí mismo, en tierra de América, cuando su descubrimiento y primeras conquistas, que los indígenas no eran de igual naturaleza que los europeos? ¡Á tales desvaríos arrastra á la razón el necio orgullo de los hombres! Y ¿qué fuera de la fraternidad con el predominio de tan ruines ideas? Sin duda que contribuiría mucho al oscurecimiento práctico de la verdad sobre el común origen de la especie humana la ferocidad de costumbres que imperó universalmente en los tiempos del paganismo. ¿Cómo habían de tenerse por hermanos los amos y los esclavos? Y ésta era entonces la gran división establecida entre todos los hombres. En virtud de ella dos terceras partes de la humanidad, cuando menos, yacían debajo de la planta de la otra tercera parte, libre, dueña tiránica del resto de la humana familia. ¡La humanidad gemía esclavizada, no sólo por Lucifer, tirano de las almas, sino por el orgullo, tirano de los cuerpos! ¡Qué situación tan horrible aquélla de que nos redimió el divino Libertador Jesucristo! ¿No deberíamos por este solo título tributarle solemne homenaje de amor y gratitud? ¿Habéis reflexionado bien, amados oyentes, en lo que era la esclavitud de aquellos tiempos? Pero ¿quién no lo sabe? La esclavitud era la condición más dura y degradante á que podía verse reducido el hombre, el cual no era ya siquiera persona, sino cosa y propiedad del amo. Tratabase al esclavo con menos compasión y reparo que á la bestia: se le azotaba cruelmente, se le abofeteaba,

se le degollaba, si así convenía al dueño, impunemente¹. Y al proceder así, creíase obrar con perfecto derecho, porque la naturaleza misma, según los más autorizados filósofos, era la madre de la esclavitud: había hombres nacidos para ser esclavos de los otros hombres. El esclavo era un hombre inferior por naturaleza, como lo es un sexo respecto de otro². Tales eran las ideas corrientes que hacían de todo punto impracticable en el mundo pagano la fraternidad universal. Y, aunque más moderadas en el pueblo judío, tampoco era posible que en él se mirasen y tratasen como hermanos los esclavos y los señores. Agarrar la sierva ¿podría jamás ser hermana de Sara la señora?

5. Y, si los hombres amparados por una misma nacionalidad, no eran hermanos, ¡cuánto menos lo serían los pertenecientes á distintas razas y nacionalidades! El judío ¿podía mirar al griego como hermano? De ningún modo. Y la Historia nos atestigua que los diferentes pueblos se miraban naturalmente como enemigos, lo mismo que sucede todavía entre las tribus bárbaras. El derecho exigía destruirse mutuamente. «Los pueblos, dice un apologista moderno³, se trataban mutuamente de bárbaros, profesándose unos á otros la aversión más profunda.... El mismo pueblo judío, con ser depositario de la verdadera fe, no conocía la fraternidad, á lo menos con respecto á las naciones vecinas, con las que ningunas relaciones cultivaba, según la prohibición que había recibido de su legislador.» Cuán arraigadas estaban en todas partes estas mezquinas ideas de división de razas

¹ *D'Hauterive*, Cathéchisme de Pers. tom. XII.

² Aristóteles, apud *Balmes*, El Protestantismo, etc.

³ *D'Hauterive* l. c.

y nacionalidades, se deja ver por las enérgicas palabras del Apóstol de las gentes á los gálatas: *Todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; porque cuantos habéis sido bautizados en Cristo, os habéis revestido de Cristo; ya no hay, pues, judío ni griego, siervo ni libre, ni varón ni mujer, porque todos sois uno en Cristo Jesús*¹. Lo mismo inculca á los romanos diciendo: *No hay diferencia entre griegos y judíos, siendo uno mismo el Señor de todos*². He ahí derribadas por el soplo de la doctrina de Cristo las altísimas barreras levantadas entre los pueblos dispersos en Babel por el orgullo y las demás pasiones: he ahí proclamada en los primeros centros del mundo civilizado la ley de la fraternidad universal en Jesucristo. ¿Quién otro que Él podía establecerla? Sólo Aquél á quien correspondía reconciliar el cielo con la tierra, era capaz de reconciliar á los hombres entre sí, resucitando de este modo el dogma ya casi aniquilado de la fraternidad³.

6. ¿Cuál es, en efecto, la doctrina abiertamente enseñada por el divino Maestro? Oídla de sus mismos labios: *Uno sólo es vuestro maestro, y todos vosotros sois hermanos*⁴. ¡Oh palabra de inefable dulzura y no menos eficacia, jamás oída entre los hombres! *No llaméis á nadie padre sobre la tierra*, continúa diciendo, *pues, uno sólo es vuestro padre, el que está en los cielos*. Sí, porque en comparación de esta paternidad soberana, ¿qué vale la terrena y carnal? Lo mismo digamos de la fraternidad según la carne. ¿Qué viene á ser, comparada con esa otra fraternidad que liga á los hijos de Dios entre sí por Jesucristo? No es ya en el orden de la

¹ Gal. 3, 26 sqq.

² Rom. 10, 12.

³ *D'Hauterive* l. c.

⁴ Matth. 23, 8.

naturaleza y como hombres, sino en el de la gracia y como cristianos, donde hemos de buscar el precioso vínculo fraternal que nos enlaza á todos. Salidos de las manos del mismo Creador, hemos sido rescatados todos con la sangre del mismo Redentor, y, por consecuencia de nuestro rescate, hemos sido todos convidados á esa divina filiación que nos permite llamar á Dios con el nombre ternísimo de Padre. De esta suerte se han duplicado y apretado más los lazos que nos unen á todos los cristianos, y ha quedado establecida una fraternidad más perfecta que la de la naturaleza. ¿Dónde podrá jamás encontrarse fraternidad más verdadera, sólida y estable? Los sectarios del día, que tanto alardean de fraternidad universal, aunque tan desmentida por sus hechos, ¿podrán señalarnos mejores bases y más sólidos fundamentos que los que sustentan la maravillosa fraternidad cristiana? ¿Creen ellos en un solo Dios Creador y Redentor de todos los hombres? Pues, entonces su dogma de la fraternidad no es nuevo, sino tan antiguo como el cristianismo; es el dogma fundado por Jesucristo y anunciado al mundo por los Apóstoles. ¿No creen? En ese caso no lograrán jamás asentar otra fraternidad que la de los brutos, fundada en la mera semejanza de naturaleza.

7. La doctrina de Jesucristo fué en seguida divulgada á los cuatro vientos por los fieles discípulos á quienes Él confió la misión de enseñar á todas las naciones, siendo recibida en el mundo con entusiasmo universal. Nada se inculcaba tanto á los neófitos, ya fuesen de procedencia judía, ya de gentil, como el *amor de la fraternidad*, fruto de la piedad y de la fe¹; nada po-

¹ 2 Petr. I, 7.

día ser tan grato á los gentiles, hasta entonces excluidos de la vocación al conocimiento de Dios y á la participación de sus gracias, como verse ya admitidos por los judíos al banquete de la fraternidad religiosa, cumpliéndose aquellas proféticas palabras de David: *Los príncipes de los pueblos se juntaron con Abrahán para adorar á Dios*¹. Tal era el tema favorito de la predicación de San Pablo, ora dirigiéndose á sus connacionales, ora á los paganos convertidos á la fe de Jesucristo. Á todos llamábalos *hermanos* á boca llena, y con este nombre debían llamarse en adelante los regenerados en Cristo, sin distinción de razas ni naciones, porque en la nueva ley de adopción y gracia, no había, como en la antigua, privilegio ni predilección para ningún pueblo, y la ley mosaica había caducado, *llegada la plenitud de los tiempos*². Con mayor razón había de abrazar la fraternidad cristiana á los desheredados y desechados del mundo, en cuento los míseros esclavos, una vez que éstos no eran menos llamados ni menos admitidos á la salvación por la gracia del Redentor universal que los libres y los ricos y afortunados de la tierra. Caían, pues, hechas pedazos las cadenas de la monstruosa esclavitud pagana, devuelta al esclavo su dignidad nativa de hombre y la sobrenatural del hijo de Dios, aunque no pudiesen desde luego quebrantarse los grillos materiales de la servidumbre. No era esto necesario, ni posible tampoco en aquellas circunstancias³. Por lo demás, la persistencia de la desigualdad de condiciones entre los hombres en la sociedad, dimanada de la misma naturaleza, y, por lo tanto, más ó menos

¹ Ps. 46, 10.

² Gal. 4, 4.

³ Vide *Balmes*, El Protestantismo, etc.

invariable, hacía más brillante el triunfo de la idea cristiana, siendo de admirar que siervos y señores, pobres y ricos, se tratasen de hermanos, olvidando la desigualdad de categoría y nacimiento. ¿No era espectáculo nuevo y sorprendente en el mundo que un hombre rico y poderoso de Colosos, Filemón, recibiera á su esclavo prófugo Onésimo, gracias á la recomendación de San Pablo, no ya como esclavo, sino como hermano muy querido en Jesucristo ¹?

8. Y esto no era más, en hecho de verdad, que el resultado necesario de las grandes ideas acerca de Dios y del hombre traídas al mundo por el Verbo Salvador. De aquí es que, mientras esas sublimes nociones se sustenten y florezcan como han florecido en diez y nueve siglos, merced á la acción imperecedera de la Iglesia, la fraternidad se mantendrá siempre en pie, y no será una vana palabra solamente, como la falsa y contrahecha, sino fecunda y admirable realidad. Y ¿cuáles son esas ideas, cristianos oyentes, sino las que aprendemos todos, doctos é ignorantes, desde la niñez en el libro de oro de nuestro catecismo? Dios, su unidad, su providencia; la Trinidad de las Personas divinas; la Encarnación del Verbo Eterno para salvar al hombre prevaricador, la Redención por la sangre de Cristo, la aplicación de sus merecimientos por la fe y buenas obras, la fundación y duración eterna de la Iglesia.... Si analizáramos estas divinas enseñanzas, estos artículos de nuestro Símbolo, ¿no hallaríamos contenido en todos y cada uno de ellos el germen fecundo de la fraternidad universal? Hacedlo vosotros, carísimos oyentes, ya que la brevedad del discurso no me permite entrar en ese

¹ Philem. 16.

desenvolvimiento. Apuntaré también, en corroboración de la verdad propuesta, que, así como de las doctrinas del cristianismo nace la teoría, así de las virtudes cristianas brota la práctica de la fraternidad, como observa el Príncipe de los Apóstoles: *In pietate amorem fraternitatis* ¹. Amad á Dios como á padre común de todos los hombres, y no podréis menos de amarlos á todos como á hermanos. ¿Qué otra cosa viene á ser esa amable fraternidad sino la práctica de la más acendrada y generosa caridad? ¿qué otra cosa sino el complemento y perfección de aquel precepto del Salvador: *Amaos unos á otros* ²? ¿Hay amor más arraigado y más puro y desinteresado entre los iguales, que el cariño fraternal? Y ¿qué, si se trata de hermanos según el espíritu, y no según la carne, de aquéllos que, como escribe San Juan, *no de la sangre, ni de la voluntad del varón, sino de Dios han nacido* ³? ¿Hay en la tierra cariño de hermanos que aventaje á la fraternidad cristiana? Pues, ¿qué, si la nutre y fomenta la comunión del cuerpo y sangre de Jesús sacramentado?

II.

9. En efecto, la Eucaristía sola bastaría, cristianos, para avivar entre los hombres el fuego de la caridad fraterna. ¿No se cae de su peso que el Sacramento de la unidad tiene que ser el más estrecho y fuerte vínculo de la fraternidad? Al instituir el Sacramento de la Eucaristía, dice San Agustín, Jesucristo nos ha recomendado que permanezcamos en Él, así como Él quiere permanecer en nosotros ⁴; mas ¿cómo podrá esto suceder

¹ L. c. ² 1 Io. 3, 23. ³ Io. 1, 13.

⁴ Io. 6, 57.

si no somos miembros suyos, unidos por la caridad?¹ Y, al sentirnos íntimamente abrazados en la unidad del cuerpo real y místico de Cristo, ¿no nos sentiremos estrechamente unidos todos como los miembros de un solo organismo viviente? Pues, tal es la imagen exacta de la fraternidad cristiana, como enseña el Apóstol². Así es que la sagrada Eucaristía, no menos que Sacramento del amor de Cristo, puede llamarse Sacramento de la caridad fraterna. Comulgar no es solamente comunicar del modo más íntimo con Jesucristo, sino unirnos unos á otros, fundirnos en el crisol de la caridad de Dios al pie de los altares. *Una sola cosa somos*, decía el Apóstol, *con ser muchos, cuantos participamos de un mismo Pan*³. ¡Mirad á la Iglesia cómo goza y se regala viendo á sus hijos sentados á la mesa del convite eucarístico presidido por su divino Esposo que se da á sí mismo en suavísimo manjar!

10. Los banquetes fueron siempre entre los hombres, aparte de ostentación de riqueza y munificencia, reuniones de carácter fraternal, y por lo mismo, teatros de expansión, franqueza y jovialidad. El arquitricino, sentado á la cabecera, hacía las veces del padre de familia, y todos los comensales se miraban con ojos de hermanos. Traición horrible hubiera sido abusar de aquella reunión de convidados para consumir algún designio criminal. Tal fué el crimen abominable de Absalón, que amargó los últimos días del penitente David⁴. No así los inocentes hijos del piadoso Job, los cuales, para fortalecer más los dulces lazos de familia, solían celebrar por turno modestos convites, convidando cada uno de

¹ *S. August.*, Tract. 27 in Io. ² Eph. 5, 30.

³ 1 Cor. 10, 17. ⁴ 2 Reg. 13.

ellos á sus tres hermanas. El Patriarca de Idumea bendecía en nombre de Dios aquellas reuniones santificadas por el amor fraterno. Y en la primitiva Iglesia ¿por ventura no solían reunirse los fieles, llevados del sentimiento de la fraternidad, para celebrar aquellos memorables Ágapes, banquetes de caridad, donde los ricos servían á los pobres, representando al vivo la última Cena del Señor?¹ ¡Oh, y cómo contribuían estos fraternales festejos, celebrados en el recinto mismo de los templos, á estrechar más fuertemente las relaciones íntimas que unían en aquellos hermosos tiempos á los hijos de la Iglesia! Pues, ¿cuánto más eficaz no sería el banquete eucarístico para hacer de todos aquellos primeros fieles *un solo corazón y una alma sola*²! Aquí era sin duda donde se encendían más las celestiales llamas de aquella fraternidad generosa y sincera que tan poderosamente contribuyó á acreditar y difundir el cristianismo. ¡Cristianos! y ¿no se avivarán también aquí los tibios ardores de nuestra caridad, tan amortiguada el día de hoy por los vientos que corren de sensualidad, codicia y egoísmo? ¿Seremos capaces de acercarnos á la sagrada Mesa con la hiel del rencor en el corazón, y disimulando bajo la máscara de la piedad sentimientos de envidia, odio y venganza contra nuestros hermanos? Traed á la memoria los rasgos brillantísimos de caridad fraterna que nos dejaron trazados los cristianos de los tiempos apostólicos. No contentos con orar unos por otros, con perdonarse las injurias, con ayudarse mutuamente en los trabajos de la vida, entonces tan llena de penalidades, no sólo compartían generosamente sus haberes con los menesterosos,

¹ *Dominicam cœnam manducare* (1 Cor. 11, 20).

² Act. 4, 32.

colectando cuantiosas limosnas para los pobres, viudas y huérfanos, sino que se desposeían voluntariamente del total de sus bienes para que los Apóstoles y Diáconos los distribuyesen entre los fieles á proporción de las necesidades¹. ¡Espectáculo nuevo en el mundo y verdaderamente maravilloso, que hacía exclamar á los gentiles, según refiere Tertuliano: «Miradlos cómo se aman»²! Más aún: adoptaban por suyos á los pobres del paganismo, socorriéndolos con la misma largueza que á los bautizados. Tal era, y tal ha sido siempre, la fraternidad cristiana, fomentada por el uso de la sagrada Eucaristía.

II. Esta divina institución, no sólo como Sacramento sino como Sacrificio, nos predica continuamente la fraternidad. ¿Acaso no es ella el sacrificio de familia? El santo Job, desempeñando las funciones del sacerdocio en la Ley natural, ofrecía muy de mañana holocaustos de expiación por los pecados que hubiesen podido cometer sus hijos³. Jesús se sacrifica diariamente en el altar por los delitos de todos los hombres, sus hermanos. El sacerdote que hace sus veces en la Misa, se vuelve al pueblo que le rodea, y le ruega diciendo: «Orad, hermanos, para que mi sacrificio, que también lo es vuestro, sea acepto en el acatamiento del Dios omnipotente.» Todos, pues, cuantos concurren á la celebración de nuestros divinos misterios, participan, en calidad de miembros del mismo cuerpo místico, del derecho de sacrificar la Víctima adorable del Calvario, nuevamente inmolada en el altar. Y ¿podrían hacerlo dignamente sin estar revestidos de los más puros senti-

¹ Act. 4, 34.

² Apud *D'Hauterive* l. c.

³ Job 1, 5.

mientos de fraternidad? Acordaos, hermanos carísimos, os diré para concluir, que no es lícito ofrecer á Dios presente alguno sin haberse reconciliado primero el ofensor con su hermano agraviado¹; ni podrán tampoco ser aceptos al Dios sacramentado nuestros solemnes cultos, si nuestros corazones no están caldeados en ese santo fuego de la caridad de Cristo que nos haga mirar en todos los adoradores del Santísimo Sacramento otros tantos queridos hermanos sin distinción de clases ni personalidades. *Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen*². Tal es la ley de Aquél que oró por sus mismos verdugos en la cruz, que diariamente nos perdona los ultrajes que en su misma presencia le irrogamos, y que á todos anhela llevarnos consigo al reino de su Padre para sentarnos á la mesa de su gloria por una eternidad. Así sea.

SERMÓN VIGÉSIMO CUARTO

(predicado en la iglesia parroquial de las Nieves, Bogotá, 1885).

Las dos vidas, eucarística y gloriosa.

Exurrexi, et adhuc sum tecum.

Resucité, y todavía estoy contigo.

Ps. 138, 18.

I. Jesucristo, saliendo victorioso del sepulcro, dice el Apóstol San Pablo³, vuelve á la tierra, pero en condiciones de inmortalidad; resucitó, mas no como Lázaro para volver á morir, sino para vivir eternamente. *La muerte no tornará á hacer presa en aquella sacrosanta humanidad.* Y por lo mismo que la muerte no podrá

¹ Matth. 5, 24.

² Matth. 5, 44.

³ Rom. 6, 9.